

Juan José López-Ibor Aliño, catedrático y director del Instituto de Psiquiatría del Hospital Clínico de San Carlos

“La felicidad es olvidarse de uno mismo”

Tranquilo, reflexivo, monótono en la voz (baja y sin altibajos), Juan José López-Ibor Aliño juega con un pendrive entre los dedos, mientras habla con cierta parsimonia. El lugar es un amplio despacho frío y desnudo de objetos personales, algunos libros clínicos y poco más en las paredes (“aquí enseño e investigo, no paso consulta”), lo que el profesor compensa con su calidez y cierto humor de corte inteligente. En la entrevista, hace un repaso por su vida y por alguna parte de su mente, aunque sostiene que “la felicidad es olvidarse de uno mismo”.

Por Gonzalo San Segundo

PREGUNTA: ¿Cuenta cuentos o los escribe? Su padre recopiló la mayor antología de cuentos de misterio y terror...

RESPUESTA: Maravillosa antología. Pero yo [sonríe] ni escribo ni cuento cuentos. Me gusta contar realidades, y encontrar las realidades que hay detrás de los cuentos. Esa antología tiene un prólogo de mi padre donde explica muy bien por qué el terror atrae. Todo cuento tiene un punto de realidad y es una manera metafórica de ver la realidad.

P. ¿Cuántos especialistas en Psiquiatría hay en la familia López-Ibor?

R. Pues cuatro hermanos (entre doce), mi padre, un hermano de mi padre, un hermano de mi madre, un primo hermano mío, otro primo hermano de mi mujer y mi hija María Inés, que trabaja conmigo. En total, diez. Y luego otra hija mía psicóloga y varios sobrinos también psicólogos.

P. ¿No es una locura?

R. Es una enfermedad genética, es hereditaria.

P. Tuvo mucho imán su padre a la hora de...

R. Pues tuvo mucho imán y tuvo mucha presencia. La casa de mi padre estaba llena de libros y se respiraba un

ambiente cultural muy grande. Venían muchos amigos, prácticamente todas las noches había alguien a cenar en casa. Era un ambiente, como le digo, bastante cultural, y también médico y psiquiátrico. Pero yo me interesé tarde por la Medicina y más tarde aún por la Psiquiatría. Primero estudié Biología y luego hice Neurología.

P. Y en esos cenáculos familiares, ¿a qué personajes recuerda?

R. Por una parte, estaban los que formaban parte del consejo privado de Don Juan de Borbón, al que pertenecía mi padre, como Torcuato Luca de Tena, Luis María Ansón y Gonzalo Fernández de la Mora; del mundo cultural, el director de teatro José Tamayo y Calvo Sotelo, el escritor; del periodismo, Emilio Romero y Marino Gómez Santos; y otros, como el jurista Alfonso García Valdecasas. Y, claro, alguna imprevista dejaron en mí.

P. Creo que tuvo en su infancia algún episodio de esos que dejan huella, como viajar solo en avión, con ocho años, de Madrid a Ginebra...

R. Mis padres decidieron que pasara el verano en una clínica psiquiátrica muy importante que había entonces, Les Rives de Prangins, a las orillas del lago de Ginebra, donde iban las personas más

adineradas; bueno, en realidad fue en la casa del director, que era amigo de mi padre y tenía hijos de mi edad. Mi padre era consejero de esa clínica. Ahora esa casa es un hotel precioso. Recuerdo que viajé al lado del radiotelegrafista, que se apellidaba Igor, y me decía: “Usted y yo somos primos”. Y ahí pasé parte de mis vacaciones de ese año y muchas temporadas en años posteriores.

P. ¿Le pesa (o le ha pesado) el apellido en el aspecto profesional?

R. No, me ha abierto muchas puertas, como formarme profesionalmente en buenos sitios en el extranjero, y me ha obligado a muchas cosas, a hacerlas lo mejor posible. Y yo no puedo quedar mal.

P. ¿En qué sitios?

R. En Frankfurt (sabía alemán porque de pequeño tuve una institutriz alemana) estudié Neurología y Psiquiatría en Londres, donde trabajé en el Maudsley Hospital, y en esa clínica de Ginebra.

P. Y, tal vez como mecanismo de defensa, le gusta pasar desapercibido...

R. Sí, yo tengo un fondo de timidez que me ayuda a no querer pasar desapercibido. El protagonismo y los actos sociales me gustan lo menos posible, no

los busco activamente. Cuando se es joven, el pasar desapercibido puede ser un mecanismo de defensa, cuando uno ya no es tan joven es una oportunidad para hacer cosas. Uno de mis maestros en Londres me dijo: "Un psiquiatra no debe hacer vida social". Me chocó mucho. Sigo pensando que esa frase es un poco exagerada. Sin embargo, un psiquiatra debe conocer a las personas de una manera profesional, no social.

P. ¿Qué es para usted la felicidad?

R. Olvidarse de uno mismo. Le parecerá una definición muy monacal o monástica...

P. En 1974 es catedrático en Salamanca y, tres años después, jefe del Servicio de Psiquiatría del Hospital Ramón y Cajal de Madrid. ¿Cómo vivió esos años de la Transición española?

R. Yo vine al Ramón y Cajal a los pocos meses de haber muerto Franco. Y esos años los viví de una manera normal. La Transición nuestra fue muy política y no tanto social. A mí personalmente me afectó poco.

P. De entre todos los libros que ha escrito, ¿cuál es su preferido y por qué?

R. El preferido siempre es el que está por venir. Y de entre los publicados, no sabría decirle, la verdad. Pero quizá el libro más original es el que se titula *El Cuerpo y la corporalidad*. La primera mitad está escrita por mi padre y la segunda, por mí. Lo que estudia es la experiencia corporal a partir de los fenómenos neurológicos. Combina lo fenomenológico con lo clínico y neurológico. Y ahora estoy pensando en reescribirlo.

P. ¿Y ese libro que está por venir?

R. Llevo muchos meses en un tema que es muy complicado: definir la tristeza normal y la tristeza patológica; cómo decir, cuando alguien se encuentra mal, si está deprimido o no está deprimido. Hay mucho escrito al respecto, pero todo se queda un poco en la periferia.

P. Además de su padre, ¿quiénes han sido sus maestros?

R. Si algo le debo a la Universidad Complutense es que he tenido maestros extraordinarios. Pero los que más impronta han dejado en mi carrera han sido Gómez Oliveros, que dedicó mucho tiempo y cariño al sistema nervioso; Jiménez Díaz, con el que estudié tres años; y en el ámbito de la Psiquiatría, Ramón Sarro, que tenía una inteligencia y una creatividad extraordinarias. En aquella época no había grupos, todos teníamos clase con el catedrático.

P. Y su madre, Socorro Aliño, ¿qué influencia ejerció en usted?

R. Mi madre no se ocupaba de las cosas pequeñas, la casa la dejaba en manos de otras personas. Ella se ocupaba de conseguir que yo fuera a un sitio u otro, de tener profesores en casa para sus hijos, de que su marido ejerciera bien su profesión, etcétera. Pero si un día teníamos fiebre o uno se había roto un dedo..., esas cosas no le interesaban a mi madre en absoluto. Se pasaba la noche leyendo y escribiendo a máquina, y dos horas al día hablando por teléfono con medio mundo. La vida de la familia giraba en torno a ella.

P. Usted prologó en 2007 la primera biografía de su padre, *El hilo rojo en su pensamiento*, donde destaca el aspecto humanista de su progenitor, su afiliación monárquica (que le costó el destierro) y "su preocupación por el sentido y el devenir de la sociedad en la que vivió". ¿Ha seguido usted esos caminos e inquietudes?

R. No tanto como él. Mi padre se sintió muy comprometido con la sociedad en la que vivió. En la democracia, las cosas funcionan de forma más normal, y lo que se pretende es que la sociedad, más abierta y estable, funcione bien.

P. ¿Cuál es su obsesión?

R. Todos tenemos muchas obsesiones. La mía es que las cosas salgan bien. Y si hay algo que me irrita son las cosas



"El protagonismo y los actos sociales me gustan lo menos posible".

mal hechas a conciencia, las pequeñas traiciones y esas cosas. En mi vida, traiciones, traiciones..., digamos que me han puesto zancadillas de todo tipo, unas de tarjeta amarilla y otras de roja directa.

P. ¿Se ha autopsicoanalizado alguna vez? Sus virtudes, defectos...

R. Hay que hacerlo, hay que saber de dónde venimos y a dónde vamos. Antes le he dicho que la felicidad es olvidarse de sí mismo, y yo procuro olvidarme de mis virtudes y mis defectos para protegerme y defenderme.

P. ¿Cuántas personas tiene a su cargo en este Instituto de Psiquiatría y Salud Mental?

R. Somos casi 250, de los cuales 41 son médicos y, entre ellos, dos catedráticos y un profesor titular.

P. ¿Qué diferencias y similitudes encuentra entre la entrevista de un psiquiatra y la de un periodista?

R. Son dos cosas distintas. Nosotros tenemos una técnica de entrevista... [Reflexiona]. Bueno, ahora que lo pienso no son tantas las diferencias. ■

CON LA COLABORACIÓN DE:

